

MITOS CREACIÓN DEL MUNDO

4º

Recopilación mitos y leyendas creación del mundo: visión de pueblos originarios.

Mito Mapuche

Al principio sólo había aire y su dueño Ngen era un espíritu poderoso que vivía con otros espíritus. Algunos de ellos disputaron su dominio y dijeron: *"Nosotros mandaremos ahora porque somos muchos y él está solo"*. El más poderoso se enojó, reunió a los espíritus buenos que quedaban y apresó a los malos. El dueño de los aires pataleaba y de rabia lanzaba fuego por sus ojos. Entonces, él y los demás espíritus buenos escupieron a los malos y sus cuerpos se transformaron en piedras. El dueño las pisó y por su pesantez cayeron, el aire se abrió y los espíritus se deslizaron rompiendo la bola que era la Tierra. Se desparramaron los espíritus de piedra y se convirtieron en montañas. Los que no habían sido alcanzados por los esputos, eran de fuego vivo y quedaron atrapados entre los pétreos. Como no podían escapar, lidiaban entre ellos intentando salir. Al ser ígneos sus cuerpos, a veces reventaban y producían humo, el fuego y el ruido de las montañas. Se piensa que aún esos espíritus malos continúan prisioneros. Pero el dueño del aire dejó escapar entre las cenizas y el humo a otros espíritus menos malos que permanecieron suspendidos del cielo y que en las noches brillan como luces por la incandescencia de sus cuerpos: son las estrellas.

Los espíritus lloraron muchos días y noches y sus lágrimas cayeron sobre las grandes alturas, arrastrando cenizas y piedras, formando así los ríos y los mares. Los espíritus malos que quedaron dentro de las montañas son los Pillanes que hacen reventar los volcanes.

Como no había nada en la Tierra, el espíritu poderoso envió a un joven hijo suyo y, a pesar de los ruegos de su madre por impedirlo, lo empujó a habitar en ella. Después, tomó una estrella y la convirtió en mujer; la sopló para que volara hasta el joven. La tierra estaba dura y las piedras le dañaban los pies, por eso el dueño de los aires ordenó que naciera pasto muy blando y flores: ella, jugando, las deshojaba y entonces se convertían en pájaros y mariposas, y los frutos que comía mutaban en árboles. El joven estuvo muy feliz con su mujer. El espíritu grande hizo un hoyo entre los aires para mirar hacia la Tierra, y cuando lo hacía brillaba y daba calor. También la madre posaba sus ojos por la hendidura dejando filtrar una luz blanca y suave.

Los espíritus de los volcanes seguían enojados, y uno se enamoró de la mujer, pero como no podía escapar de su morada su rabia crecía. Este Pillán habló con una mujer, un espíritu malo, muy envidiosa, que se sacó un pelo muy largo y lo lanzó fuera del volcán. Al salir, el cabello vivió y se convirtió en una culebra delgada que se arrastró hasta donde dormían el hombre y la mujer como hermanos.

Algunos sostienen que cuando fueron creados estos primeros mapuches –que andaban desnudos porque Dios quería ver si aguantaban el frío– había culebras que caminaban como ellos y que influyeron para que la gente se cubriera el cuerpo con nalcas. Enojado, Dios castigó a las culebras quitándoles los pies, para que se arrastraran.

El espíritu poderoso se enfureció también con el hombre y la mujer porque escucharon a la serpiente. Tembló la tierra y rugieron los volcanes, todo lo creado fue destruido. Solo quedaron el hombre, la mujer y un copihue blanco. Se cuenta que esta pareja tuvo descendientes: un tigre, un león y una zorra y otros vástagos llenos de pelos que huían de sus padres. No había luz y reinaba el frío y la noche. La Luna abrió un hueco para mirar a su hijo y dejó caer varias semillas que la mujer sembró. Tuvo después otro niño, un hombre muy bueno y bonito. La mujer le cantaba tan lindo a este niño que el espíritu poderoso abrió un portillo para saber por qué la mujer hacía eso. Todos los días se asomó a escuchar el canto y así volvió de nuevo la luz de oro, crecieron los árboles, las plantas y las frutas. Pero los hermanos sintieron celos de este niño y uno lo mató, su sangre cayó sobre el copihue y lo tomó rojo. Los hermanos y las hermanas se casaron con animales y tuvieron familia. De ahí provienen los mapuches: valientes como el tigre y el león, y astutos y prudentes como el zorro.

(Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos Sonia Montecino Aguirre)

Mito Quechua

Resumen

El dios andino Viracocha decidió dar origen a un mundo en tinieblas donde habitaron gigantes. Los gigantes desobedecieron a Viracocha, quien decidió desaparecer su creación provocando una lluvia torrencial. Entonces, Viracocha creó al hombre a semejanza suya. Además, creó la luna, el sol y las estrellas para que los hombres pudieran apreciar su creación mediante la luz.

Viracocha mandó al mundo a Viracochan, su hijo, quien enseñó a los hombres a vivir en armonía, cultivar la tierra, cosechar y gobernarse con sabiduría. Algunos hombres desobedecieron a Viracochan, por eso los convirtió en piedra. Luego, se dirigió a un valle fértil al que llamó Cusco. Allí creó a una persona llamada Alcaviza. “Después de Alcaviza, llegaron los incas orejones. Mi deseo es que sean respetados”, dijo Viracochan al momento de crear el Cusco.

El origen y la creación

Desde una mirada de la Cosmovisión Andina-Quechua, Viracocha realizó la construcción de todo lo visible e invisible. Viracocha comenzó su obra creadora en las orillas del lago Titicaca, en Tiahuanaco, tallando en piedra las figuras de los dos primeros seres humanos, del primer

hombre y la primera mujer, es decir, los cimientos de su trabajo. Al darle nombres a las estatuas, éstas cobraban vida, pero en la oscuridad, porque todavía el dios no había dado luz a la tierra.

El mundo de aquí todavía estaba en tinieblas; Viracocha postergaba la creación de un mundo completo, al nacimiento de los seres humanos que iban a disfrutarlo. Pero una vez que estuvo satisfecho con los humanos que había creado, prosiguió su proyecto, poniendo en su lugar al Sol, a la Luna, y a las estrellas, hasta cubrir toda la bóveda celestial.

Después, dejó atrás Tiahuanaco y se dirigió al norte y, desde allí, llamó a su lado a las criaturas que acababa de engendrar. Antes de partir, delegó las tareas secundarias de la creación en sus dos ayudantes, Tocapu Viracocha e Imaymana Viracocha, quienes inmediatamente se dirigieron hacia el este y el oeste de los Andes, para dar vida y nombre a todas las plantas y los animales que iban haciendo aparecer sobre la tierra, en una hermosa misión auxiliar de la realizada antes por Viracocha.

Cuando terminaban la misión encomendada por el Dios Creador del Universo de los incas, llegaron a la orilla del mar y se perdieron en sus aguas. Pero cuando Viracocha llamó a los recién nacidos, nadie acudió. Entonces se encontró solo y triste por la desobediencia de sus hijos y, para que entendieran quién mandaba sobre el mundo, envió una devastadora lluvia de fuego como castigo y purificación, para hacerles recordar su poder y para encaminar a los soberbios humanos.

La lluvia de fuego que salió de las entrañas de la tierra, a través de los volcanes de Cacha, aterrorizó a los humanos. Al ver que su conducta había causado la destrucción de su maravilloso mundo, poniendo en peligro su propia existencia, y arrepentidos de sus faltas, imploraron humildemente perdón ante su buen Dios Viracocha. Éste se sintió satisfecho al comprobar que había logrado escarmentar a sus criaturas, haciéndoles tomar conciencia de que todo aquello que habían recibido gratuitamente podían perderlo por la sola voluntad del Dios Creador.

Con los humanos agrupados a su alrededor, Viracocha se dirigió a un lugar llamado Cosco (la posterior Cuzco), donde estableció su primer reinado, dando a uno de los arrepentidos hombres el mando de la primera ciudad y del primer imperio que existió sobre el planeta. Este primer jefe, el primer Inca designado directamente por la divinidad, fue el legendario Alica Huisa, el generador de la larga y poderosa estirpe de los incas.

(Mitología Inca. Soledad Cachuan. Gradifco. 2005)

Mito Selknam

Kenos, espíritu poderoso pero subordinado, había recibido de Temáukel la misión de organizar la vida y poner en actividad al mundo visible, de disponer su funcionamiento armónico y de entregar a los hombres, a los que habría de crear, los preceptos morales según los cuales debían comportarse entre sí y en su relación con la naturaleza. Kenos había consumado la trascendente obra de Temáukel con la creación de los Howenh, antepasados del pueblo Selknam, para

quienes había elegido Karukinká, el territorio de mejor apariencia y recursos a fin de que lo habitaran.

Nacido de la Cúpula Celeste, Kenos fue enviado a la Tierra mediante una larga cuerda. En el preciso instante en que Kenos se posó en la Tierra, la cuerda se cortó, y ese fue el motivo por el que no regresó de inmediato.

Al llegar a la tierra, pudo ver que solo había mar. Por esta razón, Kenos creó las montañas, valles, sierras y barrancos, y los distribuyó por el mundo. La luz era tenue y uniforme, y el transcurso del tiempo pasaba inadvertido. Entonces, Kenos dio origen a Kreen (el Sol) y le instruyó para que brillara con más esplendor al mediodía para luego retirarse; mientras que, luego de crear a Kraa (la Luna), le ordenó que brillara con su luz blanca al atenuarse Kreen. Ahora, el cielo había adquirido una magnificencia tal que aplastaba los bosques, ahogando a los árboles. Advirtiendo esto, Kenos empujó la cúpula hacia arriba para que los bosques pudieran ser bellos y altos.

Al ordenar la naturaleza, Kenos cumplió con la primera parte de su cometido. Luego, se sentó a descansar a orillas de un pantano, contemplando el resultado de su creación. Tomó un poco de lodo del fangal, le exprimió el agua y moldeó los genitales masculinos. De igual modo hizo con los femeninos. Con sumo cuidado, los apoyó en el suelo, uno al lado del otro, y al anochecer se retiró. En plena oscuridad, los genitales copularon, y al regresar a la mañana siguiente, le sorprendió encontrar a un ser, quien resultó ser el primer antepasado de los selknam. Lo mismo sucedió noche tras noche, y el mundo se pobló de hombres y mujeres. Para que reinara la justicia, Kenos asignó a cada grupo un haruwen (territorio), el cual les proveería de alimentos, y nadie podía expulsarlos del mismo.

Como era muy locuaz, pasaba horas y horas balbuceando en soledad, hasta que no lo soportó más y dio a los hombres la capacidad del lenguaje. Los selknam aprendieron vívidamente y jamás dejaron de conversar.

Kenos instruyó a los selknam a concebir, explicándoles que la mujer y el hombre debían unirse basándose en una serie de normas al respecto. De este modo, Kenos les brindó a la humanidad las enseñanzas para vivir en felicidad, culminando con la segunda parte de su misión.

Un día, agotado de su labor, se sumió en un profundo sueño del que sus ancianos acompañantes no podían despertarlo. Se dieron cuenta de que Kenos era ya un anciano. Se acostaron en el suelo a esperar la muerte; pero ésta no llegó. Pasado un tiempo, Kenos despertó y decidió marchar al norte, a un paraje lejano donde morir. Sus acompañantes le siguieron. Al llegar, se acostaron nuevamente en el suelo, se envolvieron en sus pieles y, en el letargo, la muerte les alcanzó al fin; pero no duró por siempre.

Después de yacer otra temporada, Kenos y sus acompañantes comenzaron a recuperar vitalidad, volviendo a ser jóvenes. De ahí que los viejos, al perder la voluntad de vivir, se acostaban en sus chozas, envueltos en sus capas, a esperar la hora. Quienes tenían la suerte de rejuvenecer iban a la choza de Kenos a darse un baño, dejando en el agua los restos de su vida anterior. Al pasar el tiempo, la vejez se presentaba nuevamente, comenzando el ciclo una y otra vez; a veces sucedía

que algunos no se levantaban más; sin embargo, no desaparecían, se transformaban en un cerro, un animal, una cascada...

Cuando a Kenos le llegó la hora de volver a su casa celeste, los que tuvieron el privilegio de acompañarlo se convirtieron en las estrellas y los planetas que pueblan el luminoso cielo de la Tierra del Fuego.

Mito Tarahumara

En el inicio de los tiempos, el dios principal Onorúame-Eyerúame, "*Nuestro Padre*" (Deidad hermafrodita y dual, carece de rostro, no es hombre ni mujer, no es bueno ni malo y no se le puede representar), dio vida a sus hijos El Sol, "Rayénari", y La Luna, "Metzaka"; y también al Lucero de la Mañana, "Chirisópori". Al ser los tres sus hijos, formaban parte de su integridad divina, por lo que también fueron los creadores del Universo.

En la tierra todo era El Sol y La Luna, Rayénari y Metzaka. Los niños eran muy pequeños y estaban completamente solos, eran de piel oscura, se vestían únicamente con hojas de palmilla y habitaban una choza de palos revocados con lodo y techo de palma. Resulta que Rayénari y Metzaka no poseían nada, ni vacas, ni chivos, ni gallinas, ni borregos, ni cóconos (pavo salvaje); y la única luz que recibían era la que esparcía el Chirisópori, por eso estaban enfermos de oscuridad. Metzaka se comía los piojos de la cabeza de Rayénari pues no tenían otro alimento, y Chirisópori los vigilaba.

El dios principal Onorúame-Eyerúame, en su infinita bondad, regaló a los rarámuris el divino maíz para su supervivencia; creó la música, la danza, y las almas para que los hombres pudieran conectarse con los dioses; dio nacimiento a los ríos, a las montañas y a los abismos; creó los pinos, los encinos y los álamos; así como a los osos, los lobos, los pumas, las nutrias y demás animales que forman el entorno de los rarámuris. Les enseñó a venerar al árbol, pues de ahí obtendrían el fuego y la madera para fabricar los instrumentos que emplearían en las ceremonias rituales. Cuando llevó a cabo su creación, Onorúame-Eyerúame lo hizo cantando y bailando al compás del latido de Nuestra Madre Tierra, la cual los acompañó haciendo de tambor.

Cuando crecieron un poquito, los dioses Rayénari y Metzaka crearon a los hombres que establecieron su morada en las sierras formadas por su máximo dios Onorúame-Eyerúame. Eran delgados, altos, de ojos y pelo oscuro y de fuerte musculatura que les permitía correr grandes distancias; vestían taparrabo y camisa; para que recordaran siempre que venían de una dualidad genérica, llevaban en la cabeza la koyera (cinta usada para mantener el pelo en su lugar).

Varios centenares de rarámuris no hallaban qué hacer en tanta oscuridad, no podían trabajar y tenían que tomarse de la mano para no perderse o tropezar con las piedras y caer a los barrancos. Un día curaron a Rayénari y Metzaka, tocándose el pecho con crucecitas de madera de madroño mojadas en tesgüino (bebida de maíz fermentado). Poco a poco, Rayénari y Metzaka empezaron a brillar y a dar luz.

Cuando el mundo se llenó de agua (Diluvio), Rayénari y Metzaka subieron a la montaña llamada Lavachi (guaje), situada al sur de Panaláchic. Cuando el agua desapareció, bajaron llevando consigo tres granos de maíz y tres de frijón, y como todo estaba blando por tanta humedad, las plantaron en una roca. Se acostaron y tuvieron un sueño esa noche; posteriormente cosecharon. De ellos nacieron los rarámuris.

Resumen

Cuentan que hace muchos años, el Sol y la Luna eran dos niños que vivían en una choza, sin luz ni compañía. El Sol creó a la humanidad a partir del maíz: formó una figura de hombre y le sopló tres veces para darle vida. Más tarde moldeó a la mujer, a quien le dio cuatro soplos, pues necesitaría más fuerza para parir a sus hijos. Al enterarse de esto, el señor de la Oscuridad, molesto y envidioso, modeló una figura de ceniza a la que le dio un soplo para vivir, y así nació el hombre blanco o chabochi. Fue así como fueron creados los rarámuri y los chabochi. Así lo cuentan los rarámuri.

Mito Maya-Quiché

Este es un relato del principio, cuando todo era quietud, silencio y agua. No había luz, tierra, plantas, seres humanos ni animales. Seis deidades, cubiertas en plumas verdes y azules, descansaban en las aguas primordiales: el Creador y el Formador, Tepeu y La Serpiente Emplumada, junto con Xpiyacóc y Xmucané. Estas deidades ayudaron a Corazón del Cielo, también conocido como Huracán, a crear la Tierra. La esencia de sus espíritus y sus poderes milagrosos dieron a la Tierra su energía creativa. Ahora la tierra tenía un corazón, y ellos lo llamaron Corazón de la Tierra.

Para separar al cielo de la Tierra, sembraron una ceiba, dando espacio para toda clase de vida. Las raíces penetraron profundamente en los nueve niveles del Inframundo Maya, el tronco quedó en la superficie de la tierra, y las ramas alcanzaron los trece niveles del Supramundo Maya. Más tarde, se crearon las plantas para que vivieran en la Tierra.

Y luego se crearon los animales. Pero los animales no hablaban ni podían llevar a cabo actos de adoración. Así que las deidades decidieron crear seres humanos hechos de lodo. Pero estos primeros humanos no tenían alma y no eran buenos "contadores de los días". Los destruyeron en un gran diluvio. Las deidades intentaron otra vez y crearon a los humanos hechos de madera. Pero la gente hecha de madera tampoco podía adorarlos, así que los destruyeron. Aquellos que sobrevivieron, se dice que se convirtieron en los monos en los árboles.

Ahora existían el cielo y la Tierra, pero no había un Sol ni una Luna. Un pájaro presumido y vanidoso llamado Siete Guacamayo reclamó ser el Sol y la Luna. Pero esto no era cierto. Dos

maravillosos Gemelos, Hunahpú e Ixbalanqué, derrotaron a Siete Guacamayo disparándole con unos dardos.

Los Héroes Gemelos fueron concebidos cuando su madre, Ixkik, habló con la cabeza decapitada de su padre, Hun Hunahpú, quien escupió en su mano desde un árbol de cacao. Hun Hunahpú murió a manos de los Señores de Xibalbá, el Inframundo. Los Héroes Gemelos se convirtieron en grandes jugadores de pelota y, para devolverle la vida a su padre, retaron a los Señores del Inframundo a un juego en Xibalbá.

A los gemelos se les permitió jugar el juego de pelota solamente después de que habían sobrevivido pruebas peligrosas en el Inframundo. Con gran destreza y astucia, los gemelos ganaron el juego de pelota, y esto permitió a su padre muerto regresar a la vida como el Dios del Maíz. Los Héroes Gemelos salieron de Xibalbá y subieron nuevamente a la superficie de la Tierra. Continuaron subiendo hacia el cielo y se convirtieron en el Sol y la Luna.

Ahora que el Sol y la Luna estaban en el cielo e iluminaban la Tierra, las deidades crearon la última forma de seres humanos usando el maíz blanco y amarillo. El maíz es la preciosa sustancia que finalmente produce humanos verdaderos y duraderos.

Mito Africano

Hubo un tiempo en que el ser superior Mulukú (en las poblaciones centroafricanas a la deidad suprema se le conocía con el nombre de Woka) se propuso hacer brotar de la tierra a la primera pareja de la que todos descendemos.

Mulukú, que era sembrador por excelencia, hizo dos agujeros en el suelo; de uno surgió una mujer; del otro, un hombre. Ambos gozaban de la simpatía y el cariño de su Hacedor, y este decidió enseñarles todo lo relativo a la tierra y su cultivo. Les proveyó de herramientas para cavar y preparar el suelo, y para cortar y podar árboles. Puso en sus manos semillas de mijo a fin de sembrar en la tierra y les mostró la manera de vivir por sí mismos, sin depender de otras personas.

Sin embargo, se cuenta que la primera pareja de nuestra especie desatendió todos los consejos que la deidad les había dado y abandonaron las tierras, las cuales terminaron convirtiéndose en eriales y campos yermos. Así, la primera pareja consumió su desobediencia, y su Hacedor los trastocó en monos.

La fábula relata que Mulukú montó en cólera y arrancó la cola a los monos para ponérsela a la especie humana. Al propio tiempo, ordenó a los monos que fueran humanos y, a los humanos, monos. Depositó en estos su confianza, mientras se la retiraba a los humanos.

Mito Japonés

La purificación de la naturaleza se trazó con las melodías de la creación, cultivando el surgimiento de un nuevo nacimiento a través de la encarnación de los elementos: la lluvia, el viento, la Tierra, el sol y la luna; se mezclaron para dar origen a una historia que se transformó en lo que hoy es la vida emergida de los suelos del mundo.

En un principio reinaban las tinieblas. La diosa del sol, Amaterasu, no estaba en el cielo, sino que vivía en una caverna escondida. El mundo era frío, triste y sin vida. Ante esta situación, otra diosa tomó seis arcos enormes, los unió y creó el primer arpa, con la que tocaba melodías extraordinarias. Atraída por la música, apareció una encantadora ninfa de nombre Amenosuma, muy entusiasmada por las melodías que escuchaba, comenzó a bailar y a cantar.

La diosa solar Amaterasu, quien se encontraba en su cueva, quiso escuchar mejor la música y los cantos que venían desde muy lejos; se asomó a la entrada de la caverna y, en ese instante, todo cambió. La luz alumbró al mundo, el sol por fin se había hecho visible y sensible; flores, plantas y árboles comenzaron a salir; los peces, pájaros, animales en general y los hombres pisaron la tierra llena de luz.

Gracias al gran cambio que se generó, los dioses acordaron cuidar el canto y la danza, para que la diosa del sol no regresara a su cueva. Estaban conscientes de que la vida se había iniciado gracias al sol y a la música del arpa, que hizo que este saliera de la cueva. Es por eso que podemos decir que el mundo comenzó gracias al sonido de la música y la magia de la danza.

(Extraído de "Nada Brahama, Dios es sonido" - Joachim Ernst Berendt)

Aportación de Cristina Sánchez B.